

## Introducción

Catalina QUESADA

Kristine VANDEN BERGHE

En "La escritura o la vida", la columna de Héctor Abad Faciolince para *El Espectador* del 28 de abril de 2017, este comenta algunas de las ideas expuestas por Claude-Edmonde Magny en el texto que dirigiera a Jorge Semprún en 1943, *la Carta sobre el poder de la escritura*. A partir de la imagen del alma como un ascensor alto, sin escaleras y con el ascensor averiado, Magny establece que la escritura de buenas o malas novelas se deriva del hecho de que el escritor haya sido o no capaz de desbloquear el ascensor para adentrarse en las profundidades del ser humano. La autenticidad o emoción que emana de las grandes obras de Balzac, y que las diferenciaría de sus primeros textos, formalmente correctos, pero "sin alma", provendría, según Magny, del descubrimiento de una voz auténtica y del saber trasladar una emoción emparentada con la experiencia vital del propio autor. La columna de Abad Faciolince termina abruptamente, no sin antes anunciar que el largo preludio iba encaminado a explicar la grandeza de Juan Rulfo y a entender e interpretar su obra desde presupuestos netamente vitales. Unos días después, el 17 de mayo de 2017, el autor publica en *Letras Libres* "El sufragio de las almas", donde, Alfonso Reyes mediante, nos ofrece su propia mirada sobre la obra de Rulfo. Lo que el lector avisado ya había intuido al final de "La escritura o la vida" —que, al articular en torno al asesinato del padre la interpretación de la obra del escritor mexicano, el colombiano estaba perfilando una suerte de diptongo en la que su comentario de Rulfo vendría a revertir sobre sí mismo—, queda mucho más definido ahora, cuando el autor se coloca abiertamente en esa línea de escritores huérfanos cuyos padres fueron brutalmente asesinados: "Los condenados (también podría decir salvados) a conversar con ellos, en silencio, en la imaginación, el resto de nuestras vidas. Su voz ausente de algún modo resuena y palpita dentro de las paredes del cráneo, viva todavía" (2017: 7).

Los lectores de Héctor Abad Faciolince saben que, como relata Semprún en su imprescindible *L'écriture ou la vie* (1994), hay un hecho atroz en la vida del

autor país que pugnará por salir a la luz y que lo hará de la única forma posible: mediante la creación literaria, una vez este haya encontrado la voz idónea (léase, tras el desbloqueo del ascensor). Pero la lectura que hace de Rulfo en “El sufragio de las almas”, y que lo lleva a definir su obra “como ‘un puente por donde se puede ir y venir entre los vivos y los muertos’” (2017: 8) nos permite también imaginar la lectura de los textos del antioqueño como un pasadizo que facilita el tránsito entre la literatura y la vida. Un pasadizo que, sobra decirlo, está profundamente arraigado en la figura del padre, lector voraz que mientras vivió transmitió al hijo su pasión lectora y que, directa o indirectamente, estaría en el origen tanto de su vocación como escritor como de su responsabilidad política y compromiso con su entorno.

Además de ser escritor de ficción y hacedor de opiniones —desde hace muchos años, ha venido ofreciendo ensayos breves y columnas de opinión a los lectores de periódicos y revistas y, en particular, a los del periódico bogotano *El Espectador*—, Héctor Abad Faciolince se ha empeñado y se desempeña en otros oficios propios del mundo cultural. Su labor como traductor de Umberto Eco e Italo Calvino, entre otros escritores, que se originó en parte en su temprana estancia en Italia, lo ha convertido en un participante destacado de la república mundial de las letras y en un puente cultural entre tradiciones literarias europeas y la cultura colombiana. Su paso por Italia dejó huella en sus relatos y novelas, en los que los lectores se topan con geografías y personajes italianos y con referencias intertextuales a diversos escritores, de los cuales Calvino quizás sea el más prominente. A estos perfiles de escritor, columnista y traductor se añadió otro, cuando en octubre de 2016 quiso celebrar el que iba a ser el último día de la guerra con el lanzamiento de una editorial independiente que lleva el nombre de una de sus novelas, Angosta, estudiada en este volumen por Long Marco Bao. Fue también director de la biblioteca de la universidad EAFIT en Medellín, un oficio que lo aproximó de nuevo al librero —ya había fungido como tal con la aventura de Palinuro, la librería de viejo de Medellín que abrió con varios amigos—, recomendando libros de ficción a sus usuarios, como podía verse en la página web de la institución mientras ocupó su cargo.

Ese carácter multifacético del escritor adquiere incluso una nueva dimensión, que el lector de este libro tendrá la ocasión de descubrir *en y, sobre todo, entre* varias contribuciones. El mencionado análisis de Bao da cuenta de cómo el escritor de Angosta representa de un modo crítico un mundo en el que la tradicional solidaridad ha sido desplazada a favor de una extrema conciencia de clase, que incluso implica una clara opción en relación con un régimen político basado en el apartamiento y la segregación. Ahora bien, al analizar las columnas que Héctor Abad Faciolince publicó sobre las negociaciones de paz en *El Espectador*, Simón Henao y Alba Delgado concluyen que el propio escritor no escapa a esta conciencia de clase ya que su visión del pueblo es más bien elitista. A esta conclusión también llega Kristine Vandem Bergho al leer *El obispo*, una novela que

siempre, aunque piensa que es más justo enfocar este rasgo del autor como una sola faceta de una personalidad múltiple que se busca y que duda, como expresión de una mente que no elude la contradicción y la ambigüedad.

Si el volumen incluye, pues, ideas diferentes sobre los mismos temas, esto sin duda es el efecto de distintas lecturas, y de diferentes enfoques de parte de lectores que privilegian diversos aspectos de los discursos y los textos. No cabe duda de que esas diferencias, en parte, son tributarias de las lecturas previas y de los contextos desde los cuales hemos leído y escrito, sean americanos (Argentina, Colombia, Ecuador, Estados Unidos) o europeos (Bélgica, España, Holanda, Inglaterra, Italia). Al mismo tiempo, esta diversidad de lecturas ha sido a buen seguro estimulada por los propios textos analizados, que a veces son ambiguos, o contradictorios entre sí, o que dan cuenta de cierta evolución en el pensamiento del autor. El mismo, en uno de los ejercicios de autoanálisis que practica con regularidad —el ensayo “El devorador de libros”, de 1999—, ha reconocido su dificultad para mantener las mismas ideas claras sobre un tema y ha admitido que, a menudo, no está seguro de cómo debe relacionarse con la realidad:

Soy a la vez optimista y pesimista, apocalíptico e integrado. Me siento como ese profesor que describía el transcurrir de la vida y de la historia como algo parecido a la situación del tipo que dormía mal en una noche fría con una manta pequeña: cuando jalaba la cobija hacia arriba, se le enfriaban los pies; cuando se tapaba los pies, le daba frío en el cuello. Algo se pierde y algo se gana, siempre, y las cobijas que nos van entregando el tiempo no dejan nunca de ser cortas, demasiado cortas. (2007: 185)

Por lo tanto, no solo se revela como un hereje frente a la opinión común hegemónica, sino también frente a sus propias opiniones anteriores. Se perfila como una inteligencia despierta, que se atreve a cambiar, que no rehúye la ambivalencia ni se inmoviliza en una especie de verdad revelada para siempre.

El cuestionamiento de la doxa es, pues, una de las constantes en la obra de Héctor Abad Faciolince. Que ha recurrido al humor para deshacer supuestas verdades y desacreditar los valores menos cuestionados es lo que demuestra Clemencia Ardila-Jaramillo con respecto a *Asuntos de un hidalgo disoluto*, analizando los procedimientos y modos humorísticos e identificando las instituciones y los grupos contra los cuales el narrador dirige sus dardos. La ironía, la parodia y el sarcasmo —que, dicho sea de paso, no se limitan a esta temprana novela del autor, sino que son una de sus marcas constantes e indelebles— apuntan sobre todo a los nacionalismos pacatos, los creyentes hipócritas, los defensores acérrimos de los patrones de género más tradicionales y las élites adineradas que a menudo son asociadas con la incultura, los errores de ortografía y el uso de una lengua descuidada. Al contrario, varias contribuciones en este libro señalan cómo el escritor se sitúa en los antipodas, llamando la atención sobre el cuidado disciplinado con el que teje su prosa de una novela para otra y etnando afirmaciones

suyas en las que elogía la perfección de alguna frase, de algún soneto, de algún endecasílabo.

Con el tema de la corrección, de la perfección y la belleza se trenza otro que gira en torno a la lectura, el libro y la biblioteca sobre el cual el autor escribió un ensayo titulado simplemente "Un libro abierto" (en *Formas de la pereza*), que Wilfrido Corral considera significativo de su apertura y que quizá todo estudiante de letras debería leer. En cierto sentido, se trata de un tema excepcional en la medida en que, sobre la importancia primordial de la literatura y la relevancia radical de la lectura, el discurso del escritor no parece haber variado en el tiempo, sino que es firme y está exento de ambigüedades. Lo demuestra Eduardo Becerra al recorrer la obra entera de Héctor Abad Faciolince para descubrir cómo consista la experiencia de la literatura y, especialmente, de la lectura. La respuesta es que es una práctica radicalmente vital, que entre vivir y leer no hay sino una continuidad. Estas ideas se encuentran desarrolladas de manera desconcertante en *Basura*, novela que es analizada tanto por Becerra, como por Virginia Capote y Catalina Quesada, quienes destacan los aspectos que aseguran su índole experimental y que recuerdan cómo dio una primera visibilidad importante al escritor antioqueño a nivel internacional.

En la obra de Abad no solo abundan las bibliotecas, casi como espacios heterotópicos, y los lectores sino que, en otro nivel, él mismo hace entretener sus estancias en bibliotecas y sus actividades lectoras por las numerosas referencias intertextuales que salpican sus textos. Se revela gran conocedor de los clásicos españoles de la Edad de Oro, un amante incondicional de Quevedo, como destaca Becerra; un degustador de Borges, como demuestra Corral; un fanático del *Quijote* que, según Catalina Quesada, es una referencia constante en casi toda su obra; y un gran lector de García Márquez, como ilustra la conclusión a la que llega Bao de que la ciudad de Angosta participa de manera ambigua al mismo tiempo de Macondo y de McOndo. También *La Oculta* alude a los textos de García Márquez y otros textos de la tradición colombiana; Reindert Dhondt analiza cómo esta novela se inserta en un modo peculiar en ella, constituyendo al mismo tiempo un canto al terruño y un elogio de la identidad fluida, con lo cual se acaba situando en cierto paradigma transnacional.

El ensayo de Dhondt, así como otros aquí reunidos, ilustran que no es fácil hablar de la obra de nuestro autor en función de etiquetas simples o de grupos literarios delimitados, porque parece caer entre estos y cumplir solo con algunos de los rasgos necesarios para poder incluirlo en el molde más común evocado por aquellas. Capote lo demuestra al señalar cómo participa en ciertas modas literarias, como la literatura del yo, pero también, y sobre todo, cómo siempre lo hace de una manera tan sui géneris que se desvía de las formas más comunes y trilladas con las que estos modos suelen presentarse al lector. Por su parte, Quesada estudia cómo en su obra más temprana las numerosas referencias

metalingüísticas y la gran dosis de metaficción insertan al autor en una tradición heterogénea. Pero también deja claro que, una vez más, su obra rehúye de los binomios fáciles, ya que estos juegos metafictivos se combinan con numerosas alusiones a la historia colombiana que la arraigan, sin embargo, no tanto en una tradición nacional como en el paradigma contemporáneo posnacional que desmonta críticamente las supuestas esencias de la nación.

De todas las novelas comentadas aquí también resulta claro que a menudo es complicado saber en quiénes los textos delegan ciertas afirmaciones, qué instancias aluden a textos anteriores y quiénes son los lectores más asiduos, pues incluyen tanto material autobiográfico que es difícil deslindar entre realidad y ficción, entre Héctor Abad Faciolince como persona civil, como escritor y como narrador, sus demás narradores y sus personajes. Los vasos comunicantes del 'relato real' entre la vida y la literatura son obvios en *El olvido que seremos* y Alfredo Segura Tornero demuestra que en *Carta a una sombra* pasa lo mismo, aunque en este documental hecho por la hija del escritor, Daniela Abad, se incrementa la polifonía debido a la multiplicación de niveles. Vasos comunicantes también se establecen de unos textos a otros, ya que los personajes que aparecen en ellos, aunque no se repiten, se parecen por ciertas experiencias vitales, por sus gustos, sus normas, sus formas de comportarse. Los caracteriza, por ejemplo, un agudo sentido de la memoria que, como destaca Fernando Díaz Ruíz, es peculiar en la medida en que a menudo es sentida más que pensada. El estudio cómo las alusiones sensoriales y la memoria noética, especialmente la olfativa, definen a muchos personajes y son significativas de la importancia de lo físico en la obra del autor, juegos físicos en los que incluso participan el libro y la escritura pues, como señala Quesada, los textos juegan con su corporeidad.

Hemos estructurado el libro en dos partes que, sobre decirlo, no son nada impermeables. Todo lo contrario, entre ellas se tejen numerosos y diversos lazos. La primera parte incluye análisis que versan sobre diferentes textos del escritor. Los sitúan entre otros textos colombianos e hispanoamericanos en el mercado global, examinan cómo se posicionan con respecto a cuestiones como la memoria y la historia nacional o cómo elaboran estrategias de metaficción (Quesada y Capote); desentrañan las opiniones elitistas del autor en sus columnas sobre el reciente proceso de paz y revelan la libertad de su espíritu anti-dogmático en su obra de ficción creativa (Henaó, Delgado y Corral); y proponen un recorrido por su novela (Díaz Ruíz y Becerra). Los estudios reunidos en la segunda parte se centran en un texto en particular, lo cual no impide que algunos de ellos también aludan a otros libros del autor. Así, estudian el humor en *Asuntos de un hidalgo disoluto* (Ardilla-Jaramillo); la configuración de la nación y de la ciudad imaginaria en *Augusta* (Bao); las voces, la polifonía y la manera en que se transmite la historia en *Carta a una sombra* (Segura Tornero); la configuración del espacio geográfico

estudiado en *La Oculta* (Dhondt); y el diálogo transnacional entre un escritor latinoamericano y

*olvido que seremos*, en lo que Héctor Abad Faciolince ha bautizado como literatura sicaresca (Vanden Berghe).

Es evidente que nuestro volumen no puede ni pretende cubrir todas las facetas del escritor, ni siquiera su obra entera. Sin embargo, confiamos en que constituye una contribución a su estudio y a la valoración crítica de un escritor multifacético cuya relevancia en la escena colombiana y en el panorama internacional está ya fuera de dudas. Agradecemos, pues, a los editores el interés en publicar este libro sobre uno de los escritores que más ha ampliado las fronteras de la región paisa.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Abad Faciolince, Héctor. *Las formas de la pereza*. Bogotá: Aguilar, 2007.

- . “La escritura o la vida”. *El Espectador*. 28 de abril de 2017. <http://www.elespectador.com/opinion/la-escritura-o-la-vida-columna-691587>.
- . “El sufragio de las almas”. *Letras Libres* 221 (2017): 6-11.

Lecturas generales